

DISCURSO DE CONTESTACION

por el Académico

EXCMO. SR. D. SANTIAGO AMADO LÓRIGA

Excelentísimos e Ilustrísimos señores,

Señoras y señores:

Por designación de mis compañeros en esta corporación y por un encargo que tanto me compromete como me honra, me corresponde ahora el deber de contestar al discurso del nuevo académico, Doctor Ingeniero de Caminos D. Alberto Viader Muñoz. Sean mis primeras palabras para alabarlo y para expresar sinceramente dos cálidas felicitaciones. La primera a él por la emoción que me produjo leer hacer unos días su interesante trabajo y por los aplausos con los que lo premiaréis seguramente vosotros al escucharlo. La segunda a esta Academia por la satisfacción de contarle desde ahora entre sus miembros y por lo mucho que en lo sucesivo la prestigiará la promesa de su brillante colaboración. Y si esto último no pasa de ser una modesta opinión mía, seguro estoy de que la refrendará con toda su autoridad quien con acierto nos preside en esta casa, y puede por ello representar a todos.

El referido Ingeniero y Doctor tiene en efecto a pesar de su juventud, una personalidad bien acusada no sólo en España sino también en un amplio círculo de naciones extranjeras. Su inteligencia, su laboriosidad, sus técnicas competencias en muy distintos sectores, su dominio de idiomas, la publicación de sus investigaciones en revistas profesionales, sus cargos de gran altura en variadas empresas, le han ido creando una reputación envidiable entre sus compañeros de carrera. Y esto le concede ciertamente la mejor ejecutoria a la que puede aspirarse en cualquiera de los oficios de esta vida. Porque si todos los parabienes oficiales y todos los públicos reconocimientos halagan en verdad, es ese juicio íntimo y leal de los que están a nuestro lado, de los que profundamente apreciamos como colegas y como amigos, lo que más justamente debe enorgullecernos. Y hablo de ese orgullo bien ajeno en este caso a la más ligera sospecha de soberbia, pues nota destacada de la persona de quien tratamos es sin disputa su sencillez, su modestia y la lejanía de toda presunción.

Nace el recipiendario en Aragón, en Monzón del Cinca, provincia de Huesca, muy a finales del año 1910. Terminado con notable aprovechamiento el bachillerato que cursó en Zaragoza, se prepara para ingreso en la Escuela de Caminos, cuya entrada logra poco después con brillante oposición. Con tan magníficas conceptuaciones que merece el segundo puesto en

una promoción que por su valía deja recuerdos de excepción, concluye en 1934 su carrera. Antes de finalizar sus estudios es solicitado por Empresas privadas noticiosas de su extraordinaria competencia. Así por ejemplo en la de "Entrecanales y Távora" interviene siendo todavía alumno, en los proyectos y cálculos precisos para construir once puentes de hormigón y otras estructuras. Como titulado ingeniero de su cuerpo tiene su primer destino oficial en la División Hidráulica del S. de España, trabajando dentro de ella en encauzamiento de ríos, abastecimientos de aguas y estudios de pantanos. Desde allí pasa a ser Ingeniero Jefe del Servicio de estudios y obras nuevas de los F.F. C.C. andaluces, incorporándose a continuación a la RENFE tan pronto ésta se creó. En 1940 es nombrado asesor de la Sociedad Hidroeléctrica del Chorro. En el 41 colabora con la Empresa Taillefer productora y distribuidora de energía eléctrica en varias provincias andaluzas. En ese mismo año funda una oficina técnica y dirige al frente de ella numerosas obras y estructuras de edificios en esa misma región andaluza. En el 44 establece la "Constructora Vita" de la que ocupa en Málaga la dirección. En el 46 es nombrado Delegado para el Sur de "Dragados y Construcciones". En el 53 es designado Director técnico de la "Agrupación para Estudios y Proyectos de Obras" en Madrid. En el 59 crea la Empresa "Técnica y Obras" en la que pasa sucesivamente por los cargos de Presidente, Consejero Delegado y Director general. En el 61 es Ingeniero Consultor dentro del Ministerio de la Vivienda. En el 62 instituye la "Técnica de Ingeniería y Arquitectura" (Tinar). En el 63 es Director Gerente de Eléctricas Reunidas de Zaragoza y Consejero de todas sus filiales. Posteriormente ocupa simultáneamente el mismo cargo en la Compañía del Gas de esta misma ciudad. puestos estos dos últimos que sigue ejerciendo a la gran satisfacción de las empresas.

* * *

Hemos hecho hasta aquí una rápida, veloz enumeración de algunas de sus actividades principales en los 30 años que lleva de ejercicio. Pero a lo que no podríamos llegar sin abuso imperdonable de la paciencia de cuantos nos escuchan, es al cómputo, por brevísimo que fuera, de todos los proyectos, obras, iniciativas y estudios que tuvo que realizar en la preparación y desarrollo de aquellas asombrosas y fecundas actividades suyas. Puentes, presas, saltos, túneles, estructuras de hormigón armado, esclusas, varaderos, muelles, diques, dragados, urbanizaciones, edificios gigantes, abastecimientos de aguas, surgen a cada paso de sus estudios, de sus cálculos, de sus directivas y de sus propias y personales ejecuciones. Su trabajo abrumador no tiene alivios ni descansos. Sus competencias se ensanchan y se amplían cada día. No hay ninguna especialidad, en las múltiples que tiene su carrera, que deje de atraerle. Su celo le lleva a traspasar las fronteras de Australia, del Uruguay, de Venezuela, de Mozambique, de Lisboa. Viaja por Africa del Sur, por Alemania, Angola, el Congo, los Estados Unidos, Italia, Liberia, Marruecos, Rhodesia, Senegal y Suiza. Y aún le queda tiempo para colaborar en Revistas técnicas, para escribir obras de difíciles materias, cuya consulta ha de ser tan frecuente y provechosa para muchos. Y si con ello en el campo de la matemática pura demuestra un gran dominio, en el

no menos importante de las aplicaciones de esa ciencia es maestro que acredita un valer de gran altura.

* * *

Pero hasta ahora nos hemos ocupado únicamente de la personalidad del nuevo compañero y es ocasión ya muy indicada para pasar a comentar sumariamente su discurso. Tema el suyo por cierto muy acertadamente elegido, porque a todos nos interesa y nos seduce el conocer y divulgar la contribución que los Ingenieros civiles han legado a la cultura científica de la Patria y que debe constituir uno de los orgullos más legítimos de nuestra nacionalidad. De cuanto aportaron los de Caminos a ese desarrollo desde puestos siempre de vanguardia en nuestro progreso, ha expresado ya con sumo acierto y claridad mi predecesor en estos discursos, cuanto podía y debía de decirse. Hechos, misiones y nombres de los más preclaros entre ellos, pregonan una fama mantenida por el Cuerpo durante más de un siglo y llamada a acrecentarse cada año. No olvidemos sin embargo, que si en algunas otras naciones las voces de Ingenieros civiles y de Caminos son sinónimas, en otras y en España sobre todo, comprende la primera a un conjunto de especialidades entre las cuales la segunda no es más que una de sus partes. Ocupémonos pues de las demás y pensemos que también ellas contribuyen en distintas escalas a los avances prácticos y teóricos de la ciencia dentro de sus saberes correspondientes.

Como el disertante mencionó, en 1802 se creó la Escuela de su Cuerpo, que pasó por ello a ser la más antigua de aquel grupo. Algunos dicen que la de Minas había sido ya en 1777 fundada por Carlos III cuando este rey ordenó que empezara a darse enseñanzas de minería en Almadén, pero no creemos nosotros que sea acertado darle ese origen cuando es un hecho el que tardó sesenta años más, en constituirse realmente el nuevo escalafón. En 1935 se habla por primera vez de los denominados Ingenieros civiles al decretarse la institución de dos direcciones generales: una de caminos también conocida por de calzadas, y otra de minas, anunciándose que serían ampliadas por las de geógrafos y de bosques, tan pronto se abrieran las respectivas Escuelas suyas, en trámites de estudio todavía.

Vemos pues que desde sus arranques ya se consideraba a los ingenieros civiles de entonces agrupados en una misma denominación, para diferenciarlos de los militares que eran de mucha más antigüedad. No hace falta casi evocar como a partir de ese origen y a todo lo largo de la última mitad de ese XIX siglo, se van creando las Escuelas de Agrónomos, de Industriales y de Montes. En la propia centuria en que vivimos y como asunto que parece de ayer mismo, se amplía la lista con nuevas especialidades: navales, aeronáuticas, telecomunicaciones. No creemos que tardará mucho en hacerlos asimismo nucleares.

Ese factor común a todos, anuncia la vieja realidad de que tienen que laborar muchas veces conjuntamente, en equipo como se dice propiamente y con frecuencia. El propio Doctor Viader nos explicaba cómo al planear el trazado de una simple carretera había que requerir las opiniones de los geólogos, de los industriales, de los mineros, de los de montes, y de los

agrónomos aparte de otras intervenciones ajenas a nuestro estudio. Y nosotros pensamos ahora también ¿de qué servirían las modernas autopistas si no hubieran de circular por ellas los más modernos medios de transporte que la industria crea? ¿Y qué decir de los ferrocarriles si por sus rieles no rodaran las más potentes locomotoras? ¿Y de los puertos si los astilleros nacionales no dotaran a nuestra nación de buques que los necesitasen? ¿Y qué añadir de las grandes presas si las aguas que almacenan no corrieran por canales y acueductos para regar las tierras secas y hacerlas fértiles con la cooperación de los agrónomos? ¿Y no regulan también los montes, con sus bosques creados y bien mantenidos, el régimen de esas aguas que alimentan las presas y fecundan asimismo aquellas tierras?

Vemos pues como todas esas ramas, las viejas, las nuevas y las que casi acaban de brotar, se agarran a un mismo tronco vigoroso y entran por derecho propio en esa honrosa denominación de Ingenieros civiles que tanto enaltece a cuantos la disfrutan.

* * *

Cita el Doctor Viader con muy alta justicia algunos nombres de los muchos que dieron celebridad y renombre al Cuerpo suyo. Debemos inclinar con respeto nuestras frentes ante su recuerdo y sentir el orgullo de que nacieran españoles. A la lista que nunca podría ser exhaustiva por mucho que se alargase, vamos a permitirnos por cuenta nuestra añadir unos pocos más de los que florecieron en las otras especialidades de la civil ingeniería. Quisiéramos intencionadamente que fueran muy escasos para no exceder al tiempo prudente que tenemos reservado. Pero creemos un deber el que no termine esta sesión solemne sin sentir aunque sea simbólicamente en esas personas, el homenaje que merecieron los muchos que también sobresalieron en las restantes disciplinas. He aquí algunos de ellos:

INGENIEROS DE MINAS

D. José María de Madariaga y Casado, Profesor y Director de la Escuela, creador de la cátedra de Electrotecnia, en la que fue celebridad.

D. Lucas Mallada. Muy afamado profesor de Geología y Paleontología en la Escuela. Iniciador del Mapa Geológico de España.

INGENIEROS DE MONTES

D. Juan Navarro Reverter, Profesor de la Escuela. Ex-ministro de Hacienda y de Estado. Ingeniero industrial.

D. Máximo Laguna, Profesor y director de la Escuela. Autor de numerosas obras científicas.

INGENIEROS AGRÓNOMOS

D. Juan Marcilla Arrazola. 1.º de su promoción. Profesor de la Escuela. Director del Instituto. Sabio investigador especializado en Microbiología agronómica.

D. Mariano Fernández Cortés, destacado matemático. Profesor de Cálculo en la Escuela Politécnica y de Motores, Máquinas, Cálculo Integral, Mecánica y Resistencia de Materiales en la de su Cuerpo.

INGENIEROS INDUSTRIALES

D. Gumersindo Vicuña. Doctor en Ciencias y catedrático en la Central de Física Matemática.

D. Francisco de Rojas. Profesor de la Escuela, especializado en Termodinámica.

Todos ellos Académicos de Ciencias en la Real de Madrid, lo que para nosotros supone máxima categoría. Varios, fundadores de ella. Algunos, residentes de sus secciones y ocupando otros cargos directivos. La muerte ha ido haciendo pagar su tributo a cada uno.

* * *

Quisiéramos ahora que se nos tolerase añadir a los nombres preclaros de Ingenieros de Caminos que citó el Doctor Viader, tres más por nuestra parte por las razones que daremos.

El primero, D. Amós Salvador Rodrigáñez. Presidió la Academia de Ciencias de Madrid. Fue cinco veces ministro en cinco carteras diferentes. Pero viene particularmente a nuestra memoria por su afición a temas militares y por la competencia con la que popularizó conocimientos de estrategia, logrando con ello premios nacionales.

El segundo, D. Alfonso Peña Boeuf, recientemente fallecido a la cabeza de esa misma Academia. Notable profesor muchos años de su Escuela, nos legó, con el conocido acueducto de Tardienta, un testimonio de su originalidad e ingenio. Aragón le debe gratitud por ello y no sería justo que olvidase además sus largos años de ministro de Obras Públicas.

Y el último, D. Ramón Iribarren Cavanillas, Ingeniero director del Grupo de Puertos del Cantábrico. Se especializó en estudios sobre formación de playas provocadas por construcción de muros de costa y alcanzó reputación internacional. Todos los que hemos veraneado en Fuenterrabía somos testigos muy agradecidos de cómo aquel espigón previsto y dirigido por él, hizo posible la existencia de una playa alejada más de 500 metros de la carretera. Los colegas franceses admirando la originalidad de su invención, la copiaron para Hendaya y en tributo al creador llamaron al espigón por ellos imitado, la "Jetée Iribarren", aparte de premiarle con la Legión de Honor. A su persona sospechamos que se refiere veladamente el propio señor Viader cuando habla en su discurso de la teoría matemática y científica que ha permitido modernizar los proyectos de diques de abrigo gracias a un eminentísimo ingeniero español, al que no nombra.

No sabríamos cerrar este capítulo de honrosas citaciones, sin acabarlo con el nombre de un general, sabio geógrafo, geodésico de fama mundial. Nos referimos a D. Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero, marqués de Mulhacén y sería ofensa para la gran cultura de cuantos nos escuchan el querer justificar los fundamentos de esa invocación.

Con cuanto hemos dicho creemos haber contribuido modestamente a la exaltación cultural y científica de todos los ingenieros que algunos califican de modernos. Quedaría hablar de los contemporáneos, entre los que afloran ya tantos valores, pero entendemos que no es tiempo todavía. Epoca llegará en la que puedan recordarse sus grandes figuras con iguales alabanzas.

* * *

Breve debiera ser, señoras y señores, nuestro discurso por cortesía hacia vosotros y por deferencia hacia la gran figura a quien tanto estamos alabando aquí en esta mañana. Pensemos otra vez al concluirlo en todos los Ingenieros civiles. En los que fueron, en los que son y en los que serán en un futuro cuya esperanza hace nacer en nosotros tan halagadoras ilusiones. Meditemos en los que desaparecieron, en los que viven, para cuya larga existencia pedimos a Dios muchos años, y en esos otros que van todavía caminando con fatiga por el áspero y pendiente sendero que les llevará a serlo en tiempos sucesivos. Evoquemos una vez más todas las ramas de aquel tronco común al que nos referíamos hace unos minutos. Tronco arraigado, enraizado a un pequeño pedazo de esta tierra española, labrado, regado, laborado en un siglo incansable de esfuerzos, de estudios y sudores.

Quisiéramos ahora, para concluir, que imaginásemos todos que sobre la recia corteza de ese gran arbusto, como sobre la de esos chopos en los que los enamorados escriben sus cariños, hubiera unas letras grabadas también a punta de navaja, amorosamente pensadas, que dijeran: "Ingenieros civiles". Y a su lado, esculpido igualmente en la madera, un gran corazón, no herido por ninguna flecha ni atravesado por cualquier rasguño, sino sano, vigoroso, latiendo con cadencia y con buen ritmo, que hiciera a todos recordar cómo palpita siempre por el amor a España, por la pasión de su engrandecimiento y por el afán de acrecentar ese gran tesoro de ella, de la Patria y que es el acervo de su científica cultura.

HE DICHO